

Tenerife

Antonia Cabrera Estévez, 66 años

Ana Mélody de León Rodríguez, 18 años

DUEÑA DE SUS ACTOS

Antonia tiene 68 años de edad, vive en el barrio de Los Gladiolos, donde vive en un piso de 50 m², con su marido; dos de sus tres hijos, Suso y Covadonga; y con su nieta Yurena. Su tercera hija se llama Ana, tiene 40 años de edad y vive con su marido y su hija de ocho años en un residencial que queda una calle más abajo de la casa de su madre. Excluyendo a esta última, los hijos de esta mujer han sufrido mucho en la vida con tan sólo algunos pocos momentos felices y agradables que han gozado, pero incomparables con las cosas terribles que han vivido. El mayor dolor de Antonia hoy en día es la situación por la que atraviesan, pero tiene fe en que todo se resolverá de la mejor manera posible, si por algo se caracteriza es por su carácter positivo y objetivo.

Doña Antonia nació y creció junto a su madre y su hermano en el barrio Perú en Santa Cruz de Tenerife. Su infancia fue muy dura de sobrellevar, la situación económica y social de su linaje no cumplía con los cánones que una familia deseaba tener. Sin embargo y a pesar de las grandes miserias que vivió, Antonia siempre vio la vida desde un punto de vista muy objetivo. Con tan sólo unos pocos años auestas era consciente de que siempre iba a pertenecer a una familia de muy baja alcurnia. Pese a ello, siempre supo que la vida podía ser más bella de lo que realmente ella podría aspirar. De ahí su afirmación cuando me confesó: “mi infancia, a pesar de las penas, fue muy bonita”, pues ella, ya fuera robando juguetitos en la calle (porque no tenía otro medio de conseguirlos) o jugando con la tierra de un jardín y ensuciándose las manos y la ropa, era una niña feliz. Sin embargo esta felicidad la compaginaba junto con realidad más dura, desde muy pequeña se convirtió en una persona dura y muy independiente en cuánto a sus actos se refiere. Se enfrentaba a cualquier obstáculo que se le presentase, de día o de noche, con personas de su mismo sexo o del sexo opuesto, mayores o menores que ella. La vida le enseñó a no tener miedo pues era consciente de que si lo tenía o se dejaba poseer por éste, nunca alcanzaría sus objetivos.

Desde muy temprana edad su vida se convirtió en una severa y vil monotonía. Su madre, su hermano mayor y ella vivían en casa de su tía con sus hijos. No obstante la convivencia con este familiar y sus descendientes no era del todo grata para Antonia y su familia. La relación entre hermanas era muy distante, y en el ambiente sólo presidía una atmósfera cargada de pura envidia, desazón y rivalidad por parte de la propia tía de Antonia. Esta mujer era frívola y muy calculadora, no le importaba hacer daño a los demás, ni siquiera tratándose de su propia familia, con tal de conseguir sus objetivos primordiales. Trataba a sus huéspedes como bazofia. Quería creer que se trataban de unos bandidos delincuentes para poder deshacerse de ellos de una forma sutil y así salir airosa de esa incómoda situación. ¡Y qué forma más sutil para hacerlo que robándoles en su propia casa! Comenzó por robarle la ropa interior, luego le quitaba dinero y hasta incluso los llegó a dejar botados sin mostrar el menor indicio de pena; en estas ocasiones, dormían en la calle sentados sobre un cartón para pasar menos frío,

Una mujer que vivía en esa zona les ofrecía comida y en las ocasiones que se lo podía permitir, pues también les ofrecía cobijo. La llamaban cariñosamente ‘cachito de pan’. Esta señora iba todas las mañanas al puerto de Santa Cruz, y cuando los barcos atracaban y descargaban su mercancía muchas personas que merodeaban el lugar, como esta señora, se aprovechaban de cualquier despiste de los guardias y se abastecían de especias y comida en general para ir sobreviviendo. ‘Cachito de pan’, muchísimas veces les daba comida para que no murieran de hambre o les preparaba algo caliente para que no murieran de frío. Harta de la situación la madre de Antonia terminó por irse a vivir a una cueva cuando Antonia tenía tan sólo diez años. En esta cueva permanecieron nada más y nada menos que nueve largos y muy duros años. Ese ha sido indudablemente su recuerdo más triste del pasado pues las condiciones a las que estaban sometidos eran de lo más infrahumanas

que una persona puede tolerar: “Cuando llovía, mi mamita, mi hermanito y yo teníamos que quedarnos de pie en la cueva, muy derechos, acurrucados el uno con el otro pues si tan sólo dabas un pequeño pasito para delante ya te mojabas. Yo veía como el agua que caía desde el cielo y la que se deslizaba por la roca que nos proporcionaba el pequeño techito si iba metiendo poquito a poco dentro de la cueva, mojándonos los pies descalzos”. Llorando como los niños cuando les quitas una golosina, Antonia revivió conmigo lo que para ella fue la vivencia más desagradable e infernal a la que una persona se puede enfrentar cuando tan sólo comenzaba a palpar la etapa de la adolescencia.

A pesar de todo la vida continuaba. Su madre, sola en el mundo y con dos hijos a los que mantener, se armó de fuerzas y de valor para que a ninguno de los dos les faltara de nada. Trabajó en una fábrica de Santa Cruz, cobrando un sueldo mísero pero que por lo menos daba para alimentarse ella y sus hijos. Comenzaba a trabajar sin aún verse el primer rayo de sol, nunca quiso que sus hijos trabajaran, su mayor deseo era que tuvieran una mejor vida, que estudiaran y se convirtieran en un hombre y una mujer de bien. De ahí que su madre los dejara todas las mañanas en el colegio del barrio Perú. Antonia con cinco años y su hermano mayor con siete se quedaban en la puerta del colegio de su barrio desde las 7.30 de la mañana, hora en la que su madre los dejaba allí y se marchaba para su trabajo. Sin embargo, el colegio comenzaba a las nueve de la mañana. A pesar del deseo de su madre por que estudiaran, Antonia siempre se aburría esperando y se marchaba del colegio a casa de su madrina para ver a su padre, al que no conocía ya que los había abandonado cuando Antonia era muy pequeña. Desconocía las causas de tal abandono y tampoco indagó con su padre ni su madre para que se las explicara.

Cuando la veían vagando por las calles la llamaban para que fuera a buscar agua a un pozo que se hallaba a unos 500 metros del centro del barrio. Ella, entusiasmada porque sabía que cobraría al menos media perrita por el recado, accedía amablemente, tal fue esto, que lo terminó cogiendo como rutina. Lo peor de todo esto era que su madre nunca se llegó a enterar de estas escapadas de Antonia pues de haberlo sabido no hubiera ido más a la escuela. Por estas razones Antonia se define como una golfilla, pues era muy atrevida y aventurera. Una vez se hubo enterado su madrina de estos sucesos, lo que hacía era robarle el dinero y tratarla como una sirvienta. Sin embargo doña Antonia siempre me habló muy bien de ella pues a pesar de lo sucedido nunca la llegó a tratar mal.

A los nueve años de edad, conoció al que hoy es su marido. Éste tenía cinco años más que ella y trabajaba en un taller de mecánico. Con 19 años Antonia decidió dar un nuevo rumbo en su vida y tomó la decisión de casarse estando embarazada de su primer hijo. Fue el mejor día de su vida. Sin embargo, cargaba con una angustia dentro de su pecho: su madre no había sido invitada a su boda. En aquellos tiempos las familias estaban muy contrapuestas y los que hoy son sus suegros se negaron a invitar a su madre, sintió un dolor muy grande cuando al salir de la iglesia, del brazo de su flamante esposo, vio como su madre la contemplaba con lágrimas en los ojos tras una roca para que nadie la viera.

Durante el tiempo que estuvo en estado de su hijo Suso, su suegra la trató muy bien, pero esta felicidad fue arrebatada en un abrir y cerrar de ojos. De una forma vertiginosa, la tortilla se dio la vuelta de tal manera, que su suegra y su cuñada se aliaron en contra de ella para hundirla. Desconocía las razones, aunque según cuenta ella se aprovecharon de su bondad e ingenuidad. Tal fue así que una vez casada su vida siguió siendo casi igual de cruel que en su infancia. Tenía tres casas a su cargo: la de su madre que no podía abandonar, la de su suegra que estaba enferma y no podían dejar sola, y la suya propia. Se encargaba de la comida y de la limpieza de cada una de las casas. Su cuñada nunca fue capaz de ayudarla, solo se encargaba de atosigarla más. Su marido heredó la casa de su padre en El Sauzal, sin embargo, por fallo de algunos trámites que nunca llegaron a resolverse no le fue entregada la casa. Antonia me contaba que en esa casa guardaba todas las fotos que podía haber tenido desde su nacimiento, con su madre, el día de su boda... pero hasta estos más inmediatos recuerdos cayeron en el olvido de esta modesta pero luchadora mujer.

Recordar, compartir, aprender

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Hoy en día Antonia se arrepiente de haber sido “boba”, de que se aprovecharan de su benevolencia y generosidad y de haber tenido que estar pendiente de muchas cosas que ahora se da cuenta, no eran de su incumbencia. Su marido, sus hijos y ahora sus nietos son para ella lo más grande que le ha podido pasar en la vida. Sólo dice que le queda el mayor propósito que se ha planteado en la vida y el cuál ya está en proceso: aprender a leer. Todo lo que se realice por voluntad propia y con esmero se terminará consiguiendo, así que, ¡ánimo Antonia!

Es una mujer que irradia felicidad por todos sus costados además de ser muy activa. Sabe que la vida no sólo son lamentaciones y sufrimiento y por ello lucha para demostrárselo así misma.

Me confesó que su mayor deseo era viajar a Canadá porque está rodeado de inmensos bosques verdes. Estos lugares le proporcionan confort, armonía, agrado, paz,... todas esas satisfacciones personales que tenemos derecho a vivir pero que parece que nunca llegan.

No somos dueños de nuestro destino pero sí de nuestros actos. No se nos conoce por quiénes somos sino por lo que hacemos.